

Lección de Humildad

Como había hecho tantas veces, el honorable decano de la Facultad de Filosofía hizo un discurso impecable. Era el primer día de curso y merecía la pena sacar lo mejor de su oratoria. Estrenaba una audiencia de mentes ávidas y curiosas, dispuestas a dejarse impresionar, y él sabía perfectamente cómo satisfacer sus expectativas. Habló con una voz bien modulada y clara, con las inflexiones y entonaciones justas para suscitar el interés. Habló del pasado y de la tradición; del presente y del esfuerzo diario; de la incertidumbre por el futuro y del entusiasmo que hay que empeñar para seguir adelante. Habló con semblante serio sobre temas de máxima importancia: la universidad, pilar fundamental de cualquier sociedad que se quiera llamar a sí misma civilizada; el progreso del conocimiento humano, al que grandes hombres y mujeres han consagrado sus vidas en la eterna lucha contra la tendencia de las masas por volver a la barbarie.

En resumidas cuentas, el honorable decano de la Facultad de Filosofía hizo un discurso como cualquier otro año: palabrería retórica para rellenar el tiempo protocolario. Y lo hizo muy consciente de la solemne vacuidad de sus frases, llenas de esdrújulas y subordinadas, simples pompas de semántica que se elevaban antes de explotar y reducirse a la nada. Solo encendió un poco la chispa cuando sonrió de una forma afectuosa y dijo, refiriéndose a sus alumnos:

—Vosotros sois los pollitos con el plumón recién crecido —abrazándolos con un benévolo gesto envolvente.

Después, aguardó cortésmente a que se extinguieran las risas y recuperó el gesto grave. Llegaba por fin la hora de las verdades.

Dejó los papeles a un lado y respiró hondo, abarcando el aula con una mirada preocupada y turbia, a través de sus gafas de perpetuo anciano miope.

Puede que no fuera tan fácil como había planeado. En principio, estaba en su derecho de continuar a su voluntad, en uso de su libertad de cátedra. La audiencia se componía sobre todo de atolondrados adolescentes, que acudían a la llamada del conocimiento sin saber muy bien por qué. Escucharían atónitos el resto de su discurso, sin dar crédito a lo que oían, y en cuanto salieran por la puerta del aula, la noticia se extendería como una inundación, chorreando por los pasillos de la facultad, goteando escaleras abajo, hacia las aulas, las salas de estudios, los despachos. Algunos profesores se harían cruces, se frotarían las manos, diciendo «ya lo advertí: el decano está majara», y correrían al teléfono, al despacho vecino, a la búsqueda de una oreja influyente a la que deleitar con la noticia. En un par de días, existirían versiones hiperbólicas de lo sucedido, según el mecanismo natural de transmisión de los rumores. En cuanto llegara al ilustrísimo rector, y con él a toda la cohorte de peces gordos, todo habría acabado.

Suspiró. La verdad, le daba igual lo que fuera a pasar a partir de entonces. Él ya no tendría ninguna capacidad de decisión. Sencillamente estaría acabado, y todo su prestigio actual, merecido o no, sentido o fingido, se iría por el desagüe como se van las vidas de los proscritos.

La enorme sala, cuajada de madera y moqueta, estaba silenciosa como un teatro antes de abrirse el telón. Doscientos ojos y doscientos oídos lo rodeaban, atentos a sus próximas palabras, a sus próximos movimientos, ya un poco alarmados por el extraño gesto de desechar las hojas a un lado, por la larga pausa que estaba realizando en el estrado.

Aún estaba a tiempo de echarse atrás.

Aún podía recuperar sus folios, sus frases escritas, sus esperados aplausos al final de la conferencia. Su vida, al fin y al cabo, tal y como había sido hasta ahora.

Incluso, por qué no, podía fingir sentirse mal, bajar del atril discretamente, sin más. Setenta años de vida le permitían tales licencias.

Pero si pronunciaba las frases que su diligente cerebro estaba ya formulando, todo, absolutamente todo, se echaría a perder.

Era el instante crítico. El punto sin retorno.

Estimado lector: si conoces la historia de la que estoy hablando, te invito a que intentes imaginar qué emociones pasaron en aquel momento por la mente del honorable decano; en qué estado de angustia, de alerta, de inmensa excitación, se vio sumido en aquellos breves segundos. Debe ser lo más parecido a encontrarte al borde de un precipicio, con el vacío a tus pies, y con tus músculos esperando recibir la orden de saltar, el corazón latiendo como un loco por la adrenalina, y tu instinto de conservación —en aquel caso, de conservación *social*, más que física— ordenándote a gritos: «¡No lo hagas! ¡Por Dios, no lo hagas!». A mí me fascina recrear ese momento, compararlo con el acto puramente físico de lanzarte al abismo, una sensación que sí conozco y que me produce una perversa fascinación. Me gusta ser capaz de acallar ese grito interior, obligar a mis piernas a dar el paso. Me encanta paladear la eterna décima de segundo después atravesar el punto sin retorno, y despeñarme sin remedio, abandonarme a la fuerza inevitable que me arrastra hacia lo que mi cuerpo percibe como la muerte. Naturalmente, yo siempre he saltado con las medidas de seguridad adecuadas, así que alcanzo a intuir la sensación, pero no la conozco de verdad. El metafórico salto mortal del decano, allí, delante de doscientos ojos y oídos, era a tumba abierta; un salto directo al ostracismo, al ridículo, al desprecio y al olvido.

Yo no estudiaba Filosofía, así que no presencié aquella conferencia. Me lo ha contado un amigo de confianza que sí asistió, ignorante como todos, de las revelaciones que se iban a suceder. Según me cuenta, el decano mantuvo la dignidad en todo momento. Comenzó a hablar después de la larga pausa, con toda serenidad, sin dejar que la gravedad del momento afectara a su tono, firme y sabio, de hombre curtido en mil batallas intelectuales. Puso toda su convicción en las palabras que estaba pronunciando, e incluso finalizó con un calculado arrebato de pasión por sus ideas, como esos que nos regalan tan a menudo los políticos en campaña.

Cuando terminó su alocución, efectivamente, sobrevino el silencio. Un silencio sepulcral en el que se podría haber oído el vuelo de una mosca. La mayoría de los alumnos no reaccionaron, hicieron el vacío que se les hace a los tontos que dicen inconveniencias. Después de un largo instante de desconcierto, algunos empezaron a aplaudir tímidamente, y cuando los cerebros allí reunidos se desperezaron del todo, la aclamación creció como una ola y los aplausos resonaron por toda la estancia. Para entonces, el orador ya había recogido sus papeles y bajaba del estrado, caminaba erguido, mirando al infinito, dirigiéndose a la puerta, como si nada hubiera ocurrido. Según mi amigo, al bajar del estrado lucía una media sonrisa, un poco ausente, en la que se leía su satisfacción por haber dado ese gran paso. A mi amigo no le dio en absoluto la impresión de que estuviera loco, perturbado, o siquiera senil. Hizo lo que hizo con total convicción. Sus motivaciones

fueron quizá incomprensibles, y sus formas inadecuadas, pero su proverbial lucidez no lo había abandonado aquella tarde, como se ha dicho después tantas veces.

Yo, personalmente, interpreto aquel gesto como un portazo a una vida que no le satisfacía. Tengo la sensación de que el decano se encontraba fuera de su elemento natural, que era un hombre entusiasmado por el pensamiento puro, por las ideas y las palabras y, víctima de su propio éxito, había terminado por enredarse en la maraña de tejemanejes económicos, administrativos y políticos que lo atenazaban. A sus setenta años, su mente estaba más afilada que nunca, pero sus ocupaciones prosaicas le minaban las fuerzas, le robaban el poco tiempo que le quedaba. Creo que aquello fue para él una liberación, un corte de mangas al mundo que lo rodeaba, un tijeretazo súbito a todos los lastres de su vida. Sinceramente, creo que hizo bien. Lo admiro y lo respeto por lo que hizo, y a menudo me pregunto si yo, de haberme encontrado en su situación, hubiera tenido las mismas agallas que él.

Por otra parte, me da lástima que aquello sucediera el año en el que yo me matriculé, justo antes de comenzar mis estudios. Dentro de su amorosa dedicatoria, yo era de los pollitos más tiernos y pequeñitos, apenas recién salido del cascarón. Me hubiera gustado tener el privilegio de estudiar en una universidad que contaba con el último gran filósofo de nuestros días, pero, en fin, no pudo ser. En realidad, ni siquiera estaba destinado a darme clase a mí, yo no había leído ninguno de sus libros, y solo después de aquello — como muchos de los alumnos— me hice con el ensayo que había publicado tres años antes, de título absolutamente profético y que, en cierto modo, estaba anticipando su caída en desgracia: *Consecuencias del contacto. Estudio del impacto psicológico, social y económico de un encuentro con seres extraterrestres*.

Supongo que, conociendo la dirección que había tomado su última obra, para algunos de los oyentes de aquella tarde, el discurso del decano fue la confirmación —ridícula o dolorosa— de que el pobre filósofo, aquejado de senilidad, había terminado por confundir sus obsesiones con la realidad, la mera especulación intelectual con la basta ficción televisiva. Sobre aquel estrado, el respetable caballero de setenta años anunció que él mismo estaba en contacto con extraterrestres que vivían de incógnito en la Tierra. Afirmó que muchos dirigentes políticos y económicos también conocían a alienígenas, y los invitaba a hacerlo público, a admitirlo abiertamente con el fin de «normalizar las relaciones entre los humanos y nuestros visitantes». Mucho me temo que ahí radica la clave de la extraordinaria saña con la que fue atacado y ridiculizado posteriormente: una cosa es que tú quieras volverte loco, y otra que pretendas arrastrar a los demás en tu locura.

Pero la cosa no acababa ahí. El bueno del decano, como los oradores brillantes, se había dejado lo mejor para el final. Me refiero, cómo no, al asunto de las *becas espaciales*. Anunció que sus amigos extraterrestres iban a seleccionar a uno de los estudiantes para llevárselo a su planeta. Así, tal como suena. De verdad que no soy capaz de imaginar el estupor generalizado que debió cundir en el salón al oír eso. Mi amigo afirma que se quedó literalmente con la boca abierta, congelado como si acabara de ver a los alienígenas allí mismo. Era lo más bizarro —pero también lo más emocionante— que había llegado a sus oídos a lo largo de toda su vida. Tranquilamente, como si se tratara de un vulgar concurso literario, el decano explicó las bases de semejante chifladura: los candidatos tendrían que entregar un breve currículum, un certificado médico, una carta de presentación de su puño y letra, y los datos de contacto. Así de fácil. Según el procedimiento, los considerados como aptos tendrían, nada menos, que una entrevista cara a cara con un representante de los alienígenas para arreglar los detalles y después, ¡hala, al espacio!

No hace falta decir que, en cuanto corrió la noticia, hubo un aluvión de solicitudes para el *viaje espacial*. La mía fue una de las primeras, por supuesto. No puedo evitar una sonrisa al recordar aquello. Para hablar con sinceridad, no sabría afirmar si me lo tomé en serio o en broma. Había tal revuelo en el campus, tal excitación, que todo el mundo quería tomar partido. A los recién llegados, la idea nos deleitaba. No creo que quedara un solo novato sin hacer su solicitud. La historia nos había tocado una fibra sensible, escondida a mayor o menor profundidad dentro del alma de cada uno. Puede que seas un racionalista a ultranza, o quizá un fanático religioso; puedes ser una persona tan pesimista o tan optimista, según se mire, como para convencerte a ti mismo de que esto es lo que hay, que el *Homo sapiens* está encadenado a esta roca volante por los siglos de los siglos, y que nunca se cruzará en el camino de otro ente con neuronas. Había cien mil argumentos en contra, pero siempre cabía la minúscula posibilidad, única entre cien mil que te decía «vale, pero ¿y si es real? ¿Y si ya ha ocurrido? ¿Y si los locos de la conspiración están en lo cierto?». Y algo mucho más importante: «¿Y si esto me está brindando *de verdad* la oportunidad que han soñado generaciones de humanos antes que yo?». Era demasiado irresistible como para no tomarse el esfuerzo de escribir unos papeles y meterlos en un sobre.

En fin, como esto es una simple introducción, no insistiré mucho más en la historia de sobra conocida. Si no lo viviste, estimado lector, te perdiste unos días en los que se debatieron hasta las últimas implicaciones científicas, éticas y psicológicas del asunto, en apasionados corrillos de estudiantes. Nadie proclamaba abiertamente creérselo, pero tampoco nadie quería negar la fascinante, aunque remotísima posibilidad. Yo pienso que aquello mereció la pena, aunque solo fuera por el intenso clima de discusión intelectual y por la exaltación que se generó en la universidad. Aquello fue una inyección de moral y de entusiasmo en la vida estudiantil, tan grande que se sentía en el aire, como una indefinible carga eléctrica que te ponía los vellos de punta.

Ahora, por continuar con la introducción, voy a hablar un poco sobre mí. En aquel momento, yo tenía dieciocho años y, como he dicho, fui de las primeras personas en apuntarme al baile. Por lanzar unas manchas sobre mi propio retrato, diré que por aquel entonces yo me caracterizaba por mi inmodestia. No afirmaré que fuera prepotente, ególatra o que despreciara a nadie. No, no era eso. Yo respetaba a todo el mundo y, sin embargo, tenía tan elevado concepto de mi valía que, en verdad, *tenía que hacer un esfuerzo* por ser humilde, sobre todo entre la gente de mi edad. Citaré con sonrojo las palabras textuales que escribí en mi solicitud del viaje espacial, para dar una idea de hasta dónde llegaba mi ego:

Yo saco sobresalientes casi sin estudiar, pero eso lo hace cualquier empollón que, por lo demás, puede ser un infeliz. No negaré que tengo buena presencia, pero soy consciente de que la belleza es muy a menudo un triste refugio de los vacíos de espíritu. Reúno grandes cualidades físicas y mentales y, sin embargo, esos dones son solo las bases para construir mi persona. Puedo decir que todo está fraguado con el cemento de la fuerza de voluntad, del entusiasmo y de la responsabilidad. En mi opinión, no basta con tener talentos o conocimientos, hay que desarrollarlos, regarlos como a plantas recién brotadas para que florezcan robustas. Tampoco sirve de nada un cuerpo en forma si no lo conviertes en una herramienta perfecta a tu servicio. A la edad de dieciocho años, he logrado proezas como ganar tres certámenes literarios juveniles, acabar una media maratón, sacar una de las mil mejores notas del país en los exámenes de acceso a la universidad, alcanzar el cinturón rojo en kárate o hablar con cierta soltura tres idiomas.

Me parto de risa al releer esto, pero ahí quedó escrito, en un sobre, la solicitud del *espécimen humano perfecto* depositada en la urna de los alienígenas. Como ves, estimado lector, mi inmodestia, al menos según pensaba yo en aquel momento, se veía sólidamente respaldada por los hechos. Con una confianza brutal y ciega en mis posibilidades, y sintiéndome en la cúspide de mi juventud, me creía absolutamente capaz de todo, no tenía miedo a nada, y disfrutaba con cualquier reto que se me presentara. Confiaba en mis piernas para correr, en mi cerebro para enfrentarme a cualquier situación, en mis brazos para luchar, y en mi encanto personal para atraer cualquier voluntad ajena hacia mi terreno. Estimado lector, espero que me comprendas y que me perdones. Ahora sí soy más humilde, y no por fingimiento o por ética, sino porque aquella mala bestia adolescente ha aprendido desde entonces muchas lecciones que antes no creía necesitar. Supongo que así es la vida, y así es como tiene que ser.

En fin, pasaron unas semanas y el frenesí se fue calmando poco a poco. El decano desapareció de la vida pública, y los estudiantes nos fuimos ocupando menos de los viajes espaciales y más de los pequeños retos de la vida real. Yo me lancé en cuerpo y alma al arduo trabajo de familiarizarme con los nuevos compañeros, los nuevos profesores, y las nuevas materias de estudio, todo ello en una facultad que, de por sí, era como un planeta nuevo para mí. En pocos días trabé conocimiento con todo tipo de personajes, de los que solo pueden habitar en el ambiente efervescente y libre de la universidad pública. Cada día era una nueva sorpresa, un nuevo descubrimiento para mi mente asombrada, el inicio de una vida desde cero.

Un jueves a mediodía, mientras caminaba hacia la parada del autobús, una chica desconocida se puso a mi lado y me abordó directamente:

—Hola, ¿cómo te llamas?

Yo la miré durante un instante de desconcierto, pero en la sociabilidad acelerada que se practica en los primeros días de un curso, no era tan extraordinario *entrarle* a alguien así, tan de frente. Me presenté y nos pusimos a charlar camino del autobús. Su aspecto impresionaba al primer vistazo. Era increíblemente guapa, rubia y con unos ojos de un color azul tan vivo que parecía imposible. Su belleza era tan perfecta que resultaba insolente, como una modelo de anuncio que emplea sin rubor su atractivo sexual para venderte yogures o automóviles. Sin embargo, no parecía llevar ni una pizca de maquillaje, y vestía de una forma muy sencilla. Después de un par de frases de tanteo mutuo —qué estudias, qué tal te va en los primeros días de curso, qué profes tienes—, me pareció evidente que pretendía dirigir la conversación hacia un tema concreto. No le fue muy difícil. Después de todo, no se había hablado de otra cosa en el campus.

—¿Te presentaste para el viaje con los extraterrestres? —me preguntó.

Yo me eché a reír.

—Por supuesto —respondí.

—Pues yo no —replicó ella, con un aire un poco desafiante, como si me estuviera recriminando mi ingenuidad. La situación me pareció divertida.

—¿No te apetece conocer otros planetas? —insistí. Y entonces, ella me paró, se puso frente a mí y me miró a los ojos. O más bien, debería decir que me clavó sus iris azules a traición, como dos puñales, y palabra que unos ojos tan turbadores como esos exigían verdadera voluntad para no bajar la vista. Pero a mí, voluntad me sobraba, así que me forcé a devolverle la mirada, conscientemente, mientras su gesto se hacía más grave, lentamente y en silencio.

No tuvo que decir nada. Tampoco yo fui capaz de hablar.

La certeza me llegó de forma tan brutal que me paralizó el aliento en los pulmones. Había sucedido. Me encontraba ante un extraterrestre.

Lo inconcebible se estaba manifestando delante de mí, y en un estallido de consternación comprendí que sí, que había resultado esa ínfima posibilidad entre cien mil millones de que el decano no fuera un viejo pirado, de que hubiera otros seres habitando entre nosotros, y de que los locos de la conspiración estuvieran en lo cierto. Contra toda la abrumadora conformidad, haciendo saltar en pedazos la confortable ortodoxia de nuestras vidas, ahí estaba, y de pronto me golpeaba como una ola gigante, arrasando los cimientos de mi pensamiento racional. Sí, ahí estaba, me encontraba ante uno de ellos. Estaba hablando con él —con ella— en persona, en mi idioma, y tenía una apariencia tan admirablemente humana que translucía inhumanidad. El corazón se me aceleró como un motor fuera de control, e incluso se me nubló la vista un instante, como si mi mente quisiera huir de allí, aterrorizada ante semejante conmoción.

—Ven conmigo, no tengas miedo —me dijo ella, señalando hacia un coche aparcado cerca—. Hablemos.

Yo la seguí, con el juicio y los sentidos ofuscados. Mi retina prácticamente no era capaz de dibujar imágenes y solo me mostraba la espalda de esa mujer caminando delante de mí, perfecta en su forma y en sus movimientos, la melena meciéndose con gracia al compás de sus pasos, y a la vez volviéndose borrosa a mis ojos por momentos. Tenía el corazón desbocado como en mitad de una carrera, y corría peligro de desmayarme. Me costó un minuto reponerme, y eso es más de lo que me había costado jamás rehacerme ante cualquier situación, a mí, el espécimen humano perfecto, que derrochaba arrojo y valentía por los cuatro costados.

Nueva sorpresa. Al volante del coche se encontraba, en persona, nada menos que el decano de la Facultad de Filosofía. Bueno, el exdecano, puesto que en aquellos días ya había sido destituido, y era el personaje más buscado y más desaparecido de la faz de la Tierra. Diez minutos antes, me hubiera muerto de ganas por hablar con él y, sin embargo, ahora era un tipo irrelevante, un simple chófer al servicio de la estrella. Al menos, tuve suficiente presencia de ánimo para estrechar la mano que me tendía, y farfullar una frase de reconocimiento que no me llegó a los oídos, saturados por el ruido de la sangre que me rugía en las sienes. Tenía un aspecto cansado y envejecido, al menos comparado con la idea de su apariencia que yo me había formado. Se dirigió a mí, tratándome de usted, y me indicó amablemente que me montara en el coche, diciendo «no tenga miedo» con una sonrisa débil pero sincera.

Me derrumbé en el asiento trasero, con la bella extraterrestre al lado. Su presencia tan cercana me perturbaba, y sentía que no había suficiente distancia entre nosotros, que invadía mi espacio. Me agarré junto a la puerta. El decano arrancó y condujo hacia la salida del campus. Mientras tanto, desgranó un pequeño discurso.

—Bueno, joven, acabas de conocer a Ana; al menos ese es el nombre que emplea aquí. Ella ha sido uno de mis contactos durante unos cuantos años. Su galaxia de origen está tan lejos de la Tierra que ni siquiera alcanzamos a conocer su existencia. Sin embargo, aquí está, en carne y hueso, tan real como usted o como yo.

Apenas me atreví a lanzarle una mirada de refilón a mi acompañante, que mantenía la vista fija al frente, con una media sonrisa enigmática. El decano seguía hablando mientras conducía.

—Durante mucho tiempo, ella y sus congéneres han estado viviendo entre nosotros, como discretos observadores, sin alterar nuestra existencia. Sin embargo, algunos consideramos que ha llegado el momento de que su presencia se haga pública. Soy consciente de que yo, saltando por mi cuenta, lo único que puedo hacer es arruinar mi prestigio y atraer sobre mí los ataques de todos los que no quieren que se rompa el *statu quo*. Pero, en fin, ya está hecho. ¿Usted qué opina? ¿He actuado correctamente? —me preguntó, girando levemente la cabeza para mirarme por el retrovisor.

Yo tenía suficiente tarea con recuperar la respiración y el autocontrol, como para enredarme en discusiones. Apenas fui capaz de responder:

—Sí. Ha actuado bien.

El decano lanzó una risa seca y breve.

—Normalmente no pido a mis alumnos que juzguen la moralidad de mis actos, pero gracias por su aprobación. Ahora, por favor, debe hacer el esfuerzo de serenarse. Tiene una importante decisión que tomar...

Como si esas palabras fueran una señal, la alienígena que se hacía llamar Ana se giró hacia mí un poco rígida y me volvió a clavar sus ojos aterradores.

—¿Quieres viajar a mi mundo? —me espetó, con una voz y un atisbo de sonrisa que, en unos rasgos tan perfectos, parecían de burla, como si me acabara de decir «¿quieres practicar sexo conmigo?».

No. No podía ser cierto, no podía estar ocurriendo, solo se trataba de una gigantesca broma; la conferencia, la recogida de solicitudes, esta mujer inquietante, todo estaba planificado para hacerme caer en una trampa.

—¿De verdad? —pregunté, con el afán de ganar tiempo. Aún no podía iniciar una discusión, mi mente estaba atenazada. Ella asintió, sin descomponer el gesto ni la postura, e insistió:

—Sabes que es verdad, pero te resistes a creerlo. Seguramente no lo habías creído antes, y eso es normal, pero ahora ya sabes que es cierto. Así que debes decidir: ¿Quieres viajar a mi mundo, sí o no?

—Bueno —terció el decano con un tono decididamente mordaz— hizo la solicitud, y en su carta de presentación afirma que le encantan los retos y que no tiene miedo a nada. Creo que no tiene que pensárselo mucho ¿no?

Yo no sabía si me hablaba a mí, tratándome de usted, o si le hablaba a la extraña, y eso me irritó un poco. Es curioso que eso, la irritación, la sensación de que se burlaban de mí, fuera el pequeño empujón que me sacó finalmente del estupor. De pronto, me di cuenta de dónde estaba, con quién estaba, y a qué me enfrentaba. Me encontraba entre un viejo gruñón y una maniquí perturbadora, el coche avanzaba hacia la salida de la ciudad y todo apuntaba a que, técnicamente, me estaban secuestrando.

—¿A dónde vamos? —pregunté. Y para convencerme de que recuperaba la presencia de ánimo, incluso me atreví a meter un punto de ironía—. ¿A tu nave?

—No tenemos naves —respondió ella imperturbable, sin darse por enterada de mi agudeza—. No existen vehículos que puedan viajar a tan larga distancia.

—Entonces, ¿cómo llegáis hasta aquí? —pregunté.

Ante esta pregunta, el decano volvió a regalarme una de sus risas secas.

—Bien, detecto curiosidad científica. Eso me gusta —pero a continuación negó con la cabeza—. Me temo que los conceptos físicos involucrados en ese viaje no los comprenderíamos ni usted ni yo. Dudo que ningún científico de la Tierra pudiera comprenderlos. A nuestro modesto nivel, puedes llamarlo una *puerta espacial*. Con eso te bastará. Ahora, responde de una vez: ¿Quieres viajar o no? Tenemos otros candidatos esperando.

El coche ganaba velocidad por la carretera. Estábamos saliendo de la ciudad. Ahora que me había recuperado un poco del impacto inicial, aumentaban mis nervios por la situación.

—¿Se puede saber a dónde me llevan? —repetí.

—Pues a la puerta, dónde si no, a la maldita puerta espacial —respondió el decano, exasperado—. Y si dices que no, pues de vuelta al campus. Pero andamos cortos de tiempo, así que mientras te decides de una vez, vamos avanzando camino.

—Tiene razón —intervino Ana, con una voz tenue—. Debes decidirte ahora. La puerta se abrirá pronto, y es como los trenes: si lo dejas pasar, debes esperar al siguiente.

—¿Cómo de pronto? —pregunté. Me empezaban a sudar las manos.

—No tienes tiempo ni para llamar a tu mamá —intervino el decano, socarrón—. Lamento andar con tantas prisas y con tanto sigilo, pero estas cosas hay que hacerlas a escondidas. Hay que evitar a ciertos elementos que tratan de impedir estos viajes. —Aceleró más aún el coche—. Estamos llegando al sitio. Estaremos allí en veinte minutos.

¿Veinte minutos? ¿Nada más que veinte minutos, y ¡hala!, a lanzarme al espacio? ¿Sin preparar nada? No era justo, no podían obligarme a decidir así como así. En un cuarto de hora había pasado de mi vida convencional, de mi pensamiento asentado en la normalidad, a enfrentarme con la perspectiva de esta locura. Necesitaba más información, no podía dar un *sí, quiero*, así como así. Ni siquiera tenía todavía la seguridad de que no me estuvieran tomando el pelo.

—Un momento, un momento... —corté, con ánimo de ganar tiempo—. A ver, Ana, cuéntame, ¿cómo es tu planeta?

Sonrió y negó con la cabeza, con calma.

—No estoy autorizada a contarte nada —dijo—. Además, el idioma humano es difícil de aplicar para describir mi mundo. Lo único que te puedo asegurar es que no supondrá ningún peligro para ti. Allí hay viviendo varios humanos ya, y todos ellos regresan sanos y salvos a su hogar cuando llega el momento.

—¿Y cuándo llega el momento? ¿Cuánto tiempo estaré fuera? —pregunté con un atisbo de pánico.

De nuevo, el decano se rio ante mi pregunta. Me estaba dando cuenta de que era aún más altivo que yo, un socarrón orgulloso que disfrutaba con mi desconcierto.

—Ay, criatura —me respondió, afectado—. Estás pensando en términos de espacio y tiempo newtonianos. ¿Es que la teoría de la relatividad no te ha enseñado nada? No importa cuánto tiempo estés allí, lo que importa es cuándo volverás aquí. No te preocupes, llegarás a tu casa a tiempo para cenar con tus padres, si es que eso te importa mucho. No tendrás ni que decirles dónde has estado, si no quieres.

Eso, pensé, no sería necesario. Acababa de mudarme a la ciudad, lejos del control paterno, y disfrutaba de la feroz libertad de los estudiantes recién emancipados.

Entonces me di cuenta de una cuestión clave, un detalle que me revelaba que sí, que me estaban tomando el pelo, que todo era una broma.

—Ah, ¿sí? ¿Y entonces, por qué no viaja usted en la puerta espacial? —le espeté, desafiante—. Seguro que es su sueño, ¿no? Conocer otros planetas de primera mano.

Reaccionó con un poco de indignación, moviendo la cabeza, crispado, y respondió lacónico:

—Porque no me dejan.

Ana intervino, dándose por aludida:

—Solo pueden pasar determinados humanos. Para empezar, atravesar la puerta es un proceso que, aunque inofensivo, es bastante agotador y estresante. Tienen que atravesarla individuos sanos y fuertes.

—A un anciano como yo ya se le ha pasado el arroz —la interrumpió el hombre, algo desabrido—, si me hubiera pillado a tu edad, puedes jurar que no estaría mareando la perdiz tanto como tú.

Era halagador que una eminencia como él me envidiara, aunque solo fuera por mi juventud, que no tenía ningún mérito. Pero, sobre todo, era enormemente halagador que entre los muchos individuos sanos y fuertes que nos habíamos presentado, los extraterrestres me hubieran elegido a mí. Por un lado, mi orgullo me decía que pocos, o quizá ninguno de los candidatos, eran tan idóneos como yo. Y eso era un hecho, no un

pensamiento de joven arrogante. Sin embargo, algo me daba mala espina. ¿El viaje era fatigoso y duro? ¿Tan duro como correr una maratón, quizás? ¿O tan duro como prepararse unos exámenes finales exhaustivamente? En tal caso, sí, me sentía capaz de hacerlo, por supuesto, cómo no, pero ¿de hacerlo *ahora mismo*?

Ana hizo un gesto al conductor, y el coche redujo la velocidad. El decano me miraba por el espejo, impaciente, sin permitirme la pausa de reflexión que me estaba tomando.

—Bueno, ya está bien —sentenció—, o dices ahora mismo que sí o me salgo por el próximo cambio de sentido y volvemos para atrás. Te doy medio minuto.

Respiré hondo. Efectivamente, a un lado de la carretera, una señal anunciaba un cambio de sentido. Hacía calor y de nuevo me latía el corazón con fuerza, retumbando en mis sienes como si estuviera a punto de saltar por un precipicio. Tenía que decir sí o no, y tenía que decirlo ya. Me encontraba ante mi propio punto sin retorno, ese último paso antes de arrojarme sin remedio al abismo. Al evocar esa imagen —la de saltar al vacío, como había hecho otras muchas veces— comprendí que la decisión estaba tomada. Antes de pronunciar las palabras de aceptación, ya había dado el salto mortal.

—De acuerdo —dije solemne, y mi voz me parecía la de otra persona, tan ajena a mí como si estuviera oyéndola en la radio—, iré. Quiero ir.

Ana asintió en silencio y me dedicó una pequeña sonrisa. Me tomó de la mano. Alguien le habría explicado alguna vez que ese era un gesto de ánimo entre los humanos, pero a su mano le faltaba algo, quizá el calor, o quizá la levísima capa de humedad de la auténtica piel humana. La aguanté por cortesía, pero su gesto aumentaba mi inquietud, en vez de apaciguarla. Respiré con fuerza. Había dicho que sí. Ya estaba hecho. Ahora ya no podía echarme atrás. Ahora lo único que podía hacer era serenarme un poco.

—Dime, Ana —pregunté, tratando de ser amable—, ¿cómo se llama tu planeta?

Ella sonrió un poco más, y habló con un tono comprensivo, pero reacio.

—Nosotros no empleamos el sonido para comunicarnos, así que no puedo decirte una palabra que sea un nombre. Ni siquiera es un planeta, tal como tú lo concibes. Pero no debes preocuparte. Te gustará, ya lo verás.

No hubo más conversación durante un rato. El coche salió por el siguiente desvío, pero en vez de hacer el cambio de sentido, a indicación de Ana, tomó una carretera secundaria. Avanzamos durante unos kilómetros atravesando la llanura pelada, rumbo a lo desconocido. Yo miraba al infinito, sin ganas de cruzar la mirada con esos ojos azules inquietantes o con el entrecejo desdeñoso del anciano en el retrovisor. Contemplaba el cielo despejado, tan azul como los ojos de Ana, y el campo plano y reseco de finales de septiembre, apenas consciente de que, en pocos minutos, mi destino sería abandonar este mundo y sustituirlo por otra cosa, por un mundo que ni siquiera tenía nombre, y que ni siquiera era un planeta propiamente dicho. Notaba un vacío en las tripas, atenazadas por los nervios. Estaba experimentando más inseguridad y más miedo que en cualquier otra circunstancia de mi vida. Me invadía una sensación funesta, como de tragedia a punto de suceder, imposible de expresar con palabras, como una masa de nubes negras en el horizonte.

Nos desviamos por un camino de tierra, y el coche empezó a traquetear al compás de los baches. Supuse que mis acompañantes habían optado por el silencio para dejarme rumiar mis pensamientos profundos. Pero en realidad, mi mente derivó hacia cuestiones banales, más bien distracciones para no centrarme en lo que estaba a punto de suceder. Me preguntaba si allí podría sacar fotografías, o si existirían libros en mi idioma; pensaba en que, de haberlo sabido, habría pasado antes por la peluquería, para dar mejor impresión. Esas tonterías. Mis pensamientos eran como la revista frívola que lees en el dentista antes de entrar a que te saquen una muela. Me di cuenta de que tendría que pasar

primero por el servicio para hacer pis. No se puede viajar millones de años luz con la vejiga llena.

Tras unos kilómetros por un camino casi impracticable para un coche, Ana indicó al decano que se detuviera en mitad de un campo yermo, frente a una casita solitaria, de paredes sucias y con el tejado medio hundido. De pronto, me sentí en peligro. En un lugar tan apartado, a merced de dos desconocidos, debía tener los ojos bien abiertos, por si acaso. Escudriñé a mi alrededor antes de bajar del coche. Evalué la situación como un soldado en territorio enemigo. No había indicios de la presencia de más personas en la cercanía, y si se daba la circunstancia de tener que luchar, demostraría mi cinturón rojo de kárate. Probablemente podría habérmelas con esos dos, a menos que la extraterrestre tuviera una fuerza sobrehumana, como en las películas.

Aunque la casa tenía las paredes desconchadas y el tejado medio caído, la entrada estaba asegurada con un buen cerrojo, y las ventanas sólidamente tapiadas. «Un excelente escondite para una *puerta espacial*» —pensé. Allí tendrían cierta seguridad de que no se colaría nadie dentro a husmear.

Entramos. El interior estaba oscuro y lleno de polvo. Al menos, se agradecía un poco el frescor. Oía a moho reseco. Consta de una única estancia, diáfana y vacía, que ocupaba toda la planta. No quedaba ningún resto de mobiliario, y las paredes mostraban su esqueleto de ladrillos bajo una decrepita capa de yeso que se caía a pedazos. Se colaban rayos de luz por algunos boquetes en el techo, y en un extremo había dos nidos de golondrina, con un rodal de excrementos en el suelo, a su alrededor.

Ana miró su reloj de muñeca y comenzó a hablar, en un tono firme y conciso, como de un sargento dando instrucciones antes de hacerte saltar en paracaídas.

—Dentro de cinco minutos se abrirá la puerta. Cuando veas que el vórtice está completamente desplegado, lánzate hacia él corriendo. Debes pasar rápido y sin dudar. Notarás algo parecido a una compresión, y probablemente te sentirás girar cabeza arriba y cabeza abajo. Solo durará unos segundos. No tengas miedo. Es un poco agobiante, pero inofensivo. Mantén la calma y todo saldrá bien.

Por algún motivo, una de las tonterías que se me habían ocurrido durante el camino cobró importancia para mí, en ese momento de ansiedad.

—¿Puedo llevarme la cámara? —pregunté—. Para sacar fotos en tu mundo. Una imagen vale más que mil palabras.

Ella negó con la cabeza y explicó:

—Resultaría destruida en el vórtice. Solo la materia viva puede atravesarlo. Cualquier objeto que lleves contigo será destruido, así que mejor que te lo dejes aquí.

—¿Solo la materia viva? —pregunté. Ese era un dato inesperado, del que no me habían informado antes—. Y ¿por qué?

A esto contestó el decano, interviniendo con un punto de resignación:

—La física implicada aquí está más allá de nuestra comprensión. Al parecer hay una gran diferencia entre la materia viva y la no viva, algo que va más allá de la química. Pero no es momento de lecciones. Hazle caso a Ana. Deshazte de todo lo que lleves de valor. Lo tendrás aquí cuando regreses.

Asentí y obedecí. Ya nada me parecía una broma. Metí el monedero, las llaves de mi casa y la cámara de fotos en una mochila que llevaba encima, y la deposité suavemente sobre el suelo polvoriento. Respiré hondo. Me embriagaba una sensación de ligereza inconsciente, como de inicio de borrachera. Tener que dejar mis cosas me fastidiaba más de lo que creía. Se suponía que iba a atravesar un remolino *interdimensional* hacia un lugar completamente desconocido, y no tendría el pequeño apoyo de mis efectos personales, el tonto consuelo de los objetos familiares en un mundo extraño. De pronto,

una nueva inquietud se sumó a mi angustia, un temor nuevo, un cabo suelto de los muchos que existían.

—¿Quién habrá al otro lado? ¿Me estarán esperando? —pregunté, pero antes de dejar a Ana contestar, superpuse una nueva incertidumbre aún más acuciante—. Por cierto, ¿cómo sois? —Traté de expresarlo de forma diplomática—. ¿Cómo sois vosotros en vuestra forma natural?

Ana sonrió, con un mohín un poco triste.

—Más guapos que con forma humana —respondió, quizá con ironía, quizá no—, hace tanto tiempo que tengo esta forma que echo de menos cómo era yo antes.

No respondí, me quedé mirando sus profundos ojos azules que casi brillaban en la penumbra, su rostro inmaculado, sin un solo defecto. Me di cuenta de que quizá ese disfraz de carne y hueso, tan hermoso para nosotros, resultaba una carga insufrible para ella. En cierto modo, me dio un poco de lástima. Era una exiliada, una valerosa agente de inteligencia que había renunciado a la vida en la familiaridad de su mundo para aventurarse de incógnito en esta Tierra nuestra que, en comparación, tenía que ser insoportablemente bárbara y primitiva. Por algún motivo, sentí el impulso de abrazarla, compartir con ella un gesto de consuelo, cuando quien se aventuraba al viaje proceloso era yo.

Y qué diablos, decidí que sí, que no debía andarme con cortapisas. La abracé y esta vez su tacto no me resultó tan antinatural como cuando nos dimos la mano.

—Gracias por todo, Ana. Ya te contaré —le dije al oído.

—Te esperaremos. No vas a tardar nada en volver —respondió.

También abracé al decano. Su abrazo fue recio, rígido.

—Cuando cuente todo lo que he visto, lo creerán —le aseguré.

Él lanzó una de sus sonrisas socarronas y respondió:

—No seas idiota. Cuando lo cuentes, se reirán de ti, igual que se ríen de mí. Pero al menos, si lo cuentas, cuéntalo bien. Haz una buena historia de ciencia ficción.

De nuevo, tuve que separarme del abrazo, ante el riesgo de que me invadiera más emoción de la deseable. De todas formas, no tuve tiempo de más sentimentalismo. El fenómeno que esperábamos, la puerta espacial, o el vórtice, o lo que fuera, ya comenzaba. Se estaba levantando una brisa, completamente extraña en un recinto tan cerrado como aquel, en una tarde quieta y calurosa de finales de verano. El proceso se aceleró, el polvo del suelo formaba un remolino a nuestros pies, agitado por la corriente de aire. Mis acompañantes me miraron. El ruido aumentaba y el remolino se volvía nítido en el suelo, dejando un espacio vacío en el centro. Aquello, aunque extraño, no parecía en principio nada sobrenatural, no más que un pequeño vendaval de los que se levantan y se acumulan en las esquinas de la calle, girando como un tornado en miniatura. Ahora se alzaba del suelo, el polvo salía lanzado en todas las direcciones y nos hacía cerrar los ojos. El torbellino se giró noventa grados, se puso horizontal, apuntando la entrada hacia nosotros, como un embudo gigante. Yo respiraba hondo, con los músculos en tensión, preparándome para lanzarme. Ana me agarró un brazo, haciéndome un gesto de *todavía no*.

—Cuando yo te diga, corre hacia dentro —dijo alzando la voz por encima del ruido.

Frente a nosotros, el fascinante espectáculo ganaba fuerza, lentamente, movido por un impulso sobrenatural, como el soplado de algún dios. El centro del vórtice, cubierto por el polvo volante, casi no se veía. Sin embargo, poco a poco, su contorno se fue volviendo más preciso, apareció un círculo negro, pero negro como la pared del fondo, no como las inmensidades siderales. Se fue definiendo y ampliando, a la par que el flujo de aire aumentaba y se volvía ensordecedor. La cara de Ana estaba oculta por un revoltijo de pelos que querían volar hacia el centro del remolino. Seguía agarrándome el brazo con

fuerza, cada vez más, como si temiera que yo saliera flotando también, antes de tiempo, o que me impacientara y echara a correr.

—¡Espera un momento! —repitió, gritando por encima del estruendo. Yo estaba en un estado de tensión máxima. El ojo del vórtice ya era grande, un metro de diámetro, o así. Mi cuerpo ya cabría por él, pero Ana me hacía esperar. Miré al decano, que se sostenía apoyando una mano en la pared y se aguantaba las gafas con la otra. Su expresión era de mayor espanto que la mía. Me dedicó un simple asentimiento de cabeza, un instante antes de que Ana chillara:

—¡¡Ahora!!

Me soltó la mano y mis músculos respondieron a la señal con una fuerza ciega y ajena a mí. Esta vez atravesé el punto sin retorno sin darme cuenta. Mi cerebro no intervino en absoluto en la decisión, porque seguramente me habría echado para atrás. Tuve que cerrar los ojos por el bombardeo de polvo, pero a ciegas me lancé como un kamikaze hacia el vórtice. Me succionó con tanta fuerza que perdí el contacto con el suelo. Literalmente, mis pies se alzaron y, de pronto, me sentí flotando en el aire, tanteando a mi alrededor en busca de algo sólido, girando como una peonza sin ton ni son, y con los oídos a punto de reventar. Después, como había anunciado Ana, algo me estrujó, una mano gigante aplastándome el pecho, asfixiándome, y con un horror irracional creí que me crujían las costillas, que mi cuerpo no podía resistirlo y que me astillaría como un muñeco de madera. La cabeza me daba vueltas a toda velocidad y me abrumaba la angustia de no poder tomar aire ni para gritar de terror. Por más que lo intentaba, estaba absolutamente impotente, no sé si abrí los ojos o no, pero solo había oscuridad, ese horrible zarandeo y la urgencia desesperada de hinchar los pulmones. Estaba girando en un carrusel, cabeza abajo, trazando tirabuzones en el vacío y, de pronto, todo se paró en seco.

Seguramente me había desmayado, porque de repente me sentí yaciendo sobre una superficie dura y fría, con tal mareo que no podía saber si estaba de espaldas o boca abajo. Me entraron náuseas e intenté vomitar, mi estómago se contrajo en una arcada agónica, y trató de expulsar un chorro de líquido al suelo, pero en el paroxismo de la angustia, mi boca se negaba a abrirse, como si tuviera los dientes pegados. Con un supremo esfuerzo, conseguí liberarla antes de que mi propio vómito la inundara. Tosí y tosi, expulsando el líquido, y a la vez me dejé el alma por respirar, aunque me abrasaba cada inspiración. Mi estómago hizo un par de contracciones desesperadas, escupí una masa negra con sabor a bilis, pero al menos las náuseas desaparecieron poco a poco y había conseguido no ahogarme. Inspiré. Espiré. Inspiré tan profundamente como fui capaz, y el dolor abrasador que me atravesaba la garganta y el pecho a cada bocanada me traía la certeza de haber regresado a la vida.

Había algo de luz, no mucha, como la de la luna entrando por una rendija en un cuarto por la noche. Al poco, me sentí aceptablemente bien. El aire, fresco y seco, me reconfortaba. Me regalé un puñado de inspiraciones más antes de ponerme en alerta.

Me incorporé sobre el suelo duro, oteando alrededor como un animalito asustado. Así que ahora estaba en un nuevo mundo, ¿no?

No. Me encontraba en la misma habitación, en la casita solitaria, en el suelo desnudo y polvoriento, y era de noche.

Suspiré. Sentía tal agotamiento que casi no podía ponerme en pie, como si acabara de correr una maratón. Me dejé caer un instante en el suelo y me llevé las manos a la cabeza, en un gesto perezoso. Si no estaba en ese otro mundo, ¿qué había pasado? ¿Algo había ido mal? ¿O es que en el otro mundo había una casita exactamente igual, que hacía de escondite para la puerta dimensional? Sólo había una forma de comprobarlo, y era levantarme y salir a investigar. Pero antes incluso de ponerme en pie, tuve el primer

descubrimiento desagradable. Al echarme la mano al pelo, aún sin haberme despejado del todo, me extrañó su tacto. Un instante después ya tuve suficiente lucidez para darme cuenta de lo que estaba tocando: un cráneo pelado. Me volví a palpar y, sí, para mi sorpresa y horror había perdido el pelo, tenía la cabeza calva como una sandía. Me entró un escalofrío, y al rodearme con los brazos, me llegó otra revelación, aún peor, sin tiempo de haber encajado la anterior: también había perdido mi ropa. Me palpé en la semioscuridad, con alarma. No llevaba nada encima, ni siquiera ropa interior. Mi cuerpo exhausto yacía directamente sobre la suciedad del suelo. Tampoco tenía calzado, pero me puse en pie en seguida, todavía sin haber podido terminar de comprender la situación. Me invadía un temblor húmedo, como si acabara de salir de una piscina, aunque en realidad, tenía la piel seca. Respiré, respiré una y otra vez, reuniendo la suficiente calma para hacerme una composición de lugar. No debía dejarme invadir por el pánico.

Me acerqué a la salida y el claro de luna me mostró, a menos que mi mente me engañara mucho, exactamente el mismo paisaje que había abandonado en la Tierra. Las colinas del fondo, los árboles raquíticos, y los campos yermos, eran terrestres y bien terrestres. La luna, en cuarto creciente, casi llena, tenía justamente el mismo aspecto que la luna terrestre, y el cielo estaba lo bastante limpio para distinguir muchas estrellas. La débil esperanza de haber viajado de verdad a otro lugar del universo se esfumó por completo al reconocer los familiares puntos de luz de la Osa Mayor. Se me escapó una sonrisa amarga, al comprender y aceptar la realidad: por muy parecido a la Tierra que pudiera ser el mundo de Ana, ese lugar sin nombre y que ni siquiera era un planeta, no podía tener las mismas estrellas en su firmamento.

Confirmado. No había viajado a ningún sitio. Seguía en mi vieja madre Tierra.

Sin saber muy bien por qué, me eché a reír. Me habían engañado. ¡Maldita sea, me habían engañado! Dos criminales me habían traído a este sitio remoto, me habían robado, y me habían abandonado aquí, inconsciente. Naturalmente, ya no quedaba rastro ni de ellos, ni del coche, ni de mis efectos personales. Qué hijos de mala madre. Cómo me había creído su historia. Cómo había picado. Había caído en su juego como un cervatillo inocente y, sin embargo, en vez de enfadarme, me reía. Eso era bueno, supuse. O tal vez no. Si te ríes en medio de una crisis es que aún no has comprendido toda su gravedad.

Sí, eso era cierto. Me encontraba en un serio aprieto. Tardé un rato en calibrar adecuadamente mi situación. Descartando ya por completo la idea de encontrarme fuera de la Tierra, debía concentrarme en cómo volver a mi casa. En principio no corría un peligro inminente. Desde luego, no iba a morir de hipotermia en una templada noche de septiembre, pero me enfrentaba a una caminata de unos cinco kilómetros, con los pies descalzos, por un camino de tierra, hasta la carretera más cercana. Desde luego, esos malvados no habían querido hacerme daño, pero sí se habían propuesto hacerme muy difícil el regreso a la ciudad. —En fin —suspiré— esto era un nuevo desafío que se me presentaba, a mí, que me jactaba de saber afrontarlos. De peores había salido antes, y no tenía sentido lamentarse ya. Al menos me encontraba bien, y con las fuerzas recuperadas lo suficiente para emprender la marcha.

Antes de partir, registré bien la casa y sus alrededores, buscando al menos algo de mi ropa, pero no encontré ni un simple calcetín. Los malnacidos se habían llevado absolutamente todo. Me encontraba, literalmente, tal como mi madre me trajo al mundo, y así tendría que empezar mi particular vía crucis.

Caminar con los pies descalzos puede ser agradable en una playa de arena fina, y aceptable sobre una superficie lisa, como asfalto; pero aquel camino era un completo muestrario de piedras, fijas y sueltas, gravilla, tierra y barro endurecido. Durante unas dos horas anduve paso a paso, con cuidado, maldiciendo entre dientes, trazando planes de venganza o modos de pedir auxilio, y a la vez luchando por mantener la cabeza fría. En

dos horas debí recorrer tanta distancia como en un cuarto de hora de excursión con unas buenas botas. Meforcé a no dejar de caminar, pese al cansancio y al dolor en los pies. Seguí adelante, consolándome con la idea de que cada paso, por trabajoso que fuera, me acercaba un poco más al final. De vez en cuando, un vientecillo me traía un escalofrío, para recordarme, por si acaso se me estaba olvidando, mi patética desnudez.

Durante la caminata, naturalmente, tuve tiempo para darle vueltas a todo el asunto, una y otra vez, desde todos los puntos de vista posibles, tratando de reconstruir cómo habían llevado a cabo su fechoría. Todo era tan absurdo que no merecía la pena preguntarse el cómo sino el por qué. ¿Robo? Era ridículo, el valor de mis posesiones, ropa incluida, era absolutamente despreciable; pero, en fin, suponiendo que pudieran sacar algún provecho de mis cosas, ¿por qué? Para qué narices, si lo que quieres es estafar a una persona, la robas y la dejas tirada en mitad del campo. Para qué diablos hacía falta afeitarme la cabeza. ¿Qué pretendían conseguir con ello? ¿Vender mi pelo? ¿Quedárselo como un fetiche? No, no tenía ningún sentido. Nada de esto lo tenía. Era desesperante, todo esto no tenía que haber ocurrido, no tenía ni pies ni cabeza y, sin embargo, ahí estaba yo, penando por un camino solitario, con la mente completamente aturdida y los pies asaeteados por las piedras.

Naturalmente, y dadas las circunstancias, lo primero que temí fue que me hubieran violado, que todo este complicado montaje hubiera tenido un móvil tan abyecto y vulgar como el sexual. Pero tampoco me cuadraba por ninguna parte: de por sí, el viejo catedrático y la impresionante chica rubia formarían la pareja de perversos más improbable de la historia del crimen. Hubiera sido más lógico que se atacaran el uno al otro, antes que buscar una víctima con un engaño tan inverosímil como este. Lo más que puedo decir es que, aparte del radical corte de pelo, no sentía ningún daño o dolor anormal, ninguna herida, desgarró o sangrado que me pudieran servir de indicios. Por suerte, nunca he sido víctima de una violación, pero creo que sabría reconocerlo si me ocurriera. Sinceramente, nada tenía ningún sentido, y cuantas más vueltas le pudiera dar, menos iba a comprender nada.

Al final deduje, por eliminación, que su perversión había consistido en querer humillarme, en darme una lección, la cura de humildad que me merecía. Quizá al leer mi carta de presentación, escrita en un tono tan estúpidamente arrogante, en la que describía mis méritos como un ser sobrehumano, idearon una bárbara forma de bajarme los humos. Una nohecita al raso y una caminata en cueros —debieron pensar— serían suficiente baño de agua fría para mi ego inflado, una lección bien merecida. De todas las teorías que se me ocurrieron aquella noche, esta, aun siendo también un absoluto despropósito, me parecía la más plausible. Quizá era una especie de novatada, solo que la realizaba el decano, en vez de los alumnos. Quizá mi foto aparecería en todas las gacetas universitarias de la semana siguiente: «Viaje nudista al espacio exterior». No sé, pensé muchas cosas, pero lo cierto es que no podía razonar con claridad. Al menos no me derrumbé a llorar, apreté los dientes, seguí caminando y me sobrepuse. Si estaba sufriendo una lección de humildad, la iba a apurar hasta el final.

Además, estaba también el asunto de la *puerta*. Lo que yo había presenciado era francamente asombroso, una puesta en escena increíble que, analizada técnicamente, era muy difícil de preparar. ¿Dónde estaban los grandes ventiladores necesarios para crear un remolino de aire tan potente? ¿Dónde los generadores eléctricos, el cableado? Allí no había nada. ¡Nada! Cuatro paredes medio derruidas, nada más. No había habitaciones ocultas, ni un sótano, ni paredes móviles. Supongo que, en el mundo de la magia, del ilusionismo, todo se puede conseguir, cuando el público está dispuesto a creérselo; la atención se distrae hacia el punto conveniente, los medios técnicos se ocultan, se reducen al mínimo tamaño y se camuflan bajo formas que no levanten sospechas. Darle vueltas a

ese asunto también me conducía a un callejón sin salida, lleno de posibilidades remotas y de motivaciones absurdas. El hecho era que el efecto del *remolino espacial* se había conseguido plenamente: yo había entrado en un torbellino de aire y había caído inconsciente varias horas. Había despertado con el cráneo pelado, y ahora debía buscarme la vida para volver a casa. Eso era todo lo que debía saber.

En realidad, mi situación era sencilla: solo tenía que preocuparme de poner un pie delante del otro, buscar los puntos del camino más suaves para los pies, una y otra vez, una y otra vez, hasta llegar al final, y después encontrar a alguien que me ayudara, capeando la vergüenza que me produciría el encuentro. Debía pensar en cómo presentarme ante mis compañeros, o ante la policía, qué contar y qué no, cómo seguir adelante, con el extraño aspecto que tendría que lucir durante algún tiempo, justo en el delicado trance de los primeros días de una carrera universitaria...

Aquella tortura se prolongó hasta casi el amanecer. Había tanto a lo que darle vueltas, que mi mente se dio por vencida y decidió abandonarse a los acontecimientos. El cansancio y el hastío me fueron invadiendo paso tras paso, la indignación y la rabia, e incluso el asombro, se fueron desvaneciendo poco a poco, y caí en un estado mental despreocupado. Decidí que simplemente me tomaría las cosas tal como ocurrieran. Pondría, como dicen los musulmanes, *mi destino en manos de Dios*, y cuando alcanzara la carretera, pararía al primer coche que pasase, le pediría ropa y ayuda, fingiría mayor confusión de la real para despertar compasión, y no me molestaría en dar explicaciones. Tampoco acudiría a la policía, ni les contaría nada a mis amigos, ni a mis padres. Mi caso sería un misterio, pero yo estaría indemne y, con el tiempo, todo se olvidaría.

Estaba quebrando el alba cuando por fin vislumbré la carretera. Ahora sé lo que debe sentir un naufrago cuando divisa un barco en el horizonte. La visión de esa franja de asfalto me hizo saltar las lágrimas. Sí, lo había conseguido. Había superado la gran prueba. Las pocas fuerzas que me quedaban quisieron abandonarme de golpe y no me derrumbé en el suelo por pura voluntad. Pero aún no había terminado la noche. Aún tenía por delante el momento más duro y peligroso de todos: presentarme ante algún completo extraño, tal como mi madre me trajo al mundo. La sola anticipación de ese momento me encogía el estómago. Nunca me ha gustado exhibir mi cuerpo, y ahora iba a tener que hacerlo a la fuerza, sin remedio.

Mientras esperaba, me permití un instante de descanso, me senté al borde de la carretera a examinarme los pies. A esas alturas del camino, tenían algunas heridas y una hinchazón considerable, pero habían respondido como héroes. Me imaginé como un general que concede medallas a las partes de su cuerpo: «por la presente, a los pies, que se han entregado hasta unos límites que van más allá del deber, les concedo la orden del mérito, grado uno...». Y ahí estaba yo, con el culo apoyado en el asfalto y hablándole a mis pies, cuando aparecieron a lo lejos los faros de un coche solitario en la solitaria carretera. Me costó reaccionar. Respiré hondo, me levanté lentamente e hice señas al asombrado conductor para que se detuviera, mientras me tapaba lo mejor posible mis partes íntimas.

Prefiero no intentar suponer lo que pasó por la mente de aquel pobre hombre al toparse conmigo. Con un poco de suerte, pensó que solo se trataba del fantasma de la curva, ese que murió en la carretera y hace autostop para prevenir a los viajeros solitarios de noche. Cerré los ojos, volví a inspirar profundamente y seguí tapándome como buenamente pude. El coche se había parado, y ahora me tocaba el momento tan temido. Me dirigí hacia la puerta abierta, rezando para encontrarme con alguien con aspecto inofensivo. Lo último que necesitaba esa noche era meterme en más problemas.

Tuve suerte. El conductor era un hombre de mediana edad, algo entrado en carnes y con bigote. Me miraba boquiabierto, sin reaccionar. Calibré la situación. Por su aspecto

no parecía peligroso, pero en caso de tener que luchar, tal vez no pudiera habérmelas con él, en mi estado actual.

—Perdone —y pronuncié la frase que tenía preparada, ante el temor de que me fallaran las palabras—, ¿podría dejarme algo de ropa y acercarme a la ciudad?

El hombre, dentro de lo que cabe, reaccionó con calma y sin aspavientos. Comprendió rápido que yo necesitaba ayuda, y sin decir una palabra abrió el maletero, buscó dentro y sacó una bata, como de médico. Puedo jurar que nunca he sentido mayor alivio en mi vida que al enfundarme aquel trozo de tela. Fue como si me hubiera quitado una tonelada de encima, y de pronto podía volver a respirar y a pensar con claridad. Literalmente, fue como volver a ser una persona después de haber sido, durante unas horas, un animalito desvalido.

Mi salvador resultó ser un panadero de un pueblo vecino, un buen tipo que jamás se hubiera imaginado una escena como esta. Naturalmente, sintió curiosidad y me preguntó qué me había pasado, pero cuando esquivé sus preguntas, no insistió demasiado. Le aseguré que me encontraba bien, le hice creer que esto había sido una especie de broma exagerada por parte unos amigos *muy graciosos*, pero inofensiva, al fin y al cabo. Me buscó en su casa una ropa decente y unos zapatos, me acercó en su propio coche a la estación y me dio suficiente dinero para volver a casa. Aunque lo lógico hubiera sido acudir a la policía, en ese momento yo solo necesitaba descansar, así que mi límite a coger el autobús. Para entonces ya había amanecido, era viernes y hora punta. Con una ropa que me venía un poco grande, pero ropa al fin y al cabo, me importó poco pasearme entre la multitud luciendo la calva. Llegué a casa, me di una larga ducha y me derrumbé en la cama, dejándome vencer por la fatiga. Evidentemente falté a clase. Por el momento, la odisea había terminado. No fue hasta el día siguiente, al mirarme en el espejo, cuando descubrí que tampoco tenía cejas, ni pestañas, ni el más leve rastro de vello en todo el cuerpo. La depilación había sido completa y radical, tan profunda y exhaustiva que parecía imposible de realizar a propósito.

Mi vida durante la semana siguiente fue confusa y desagradable. Me debatí en la duda de si acudir a la policía o no. Incluso evité ir a clase, durante unos días, antes de poder decidirme a sobrellevar el bochorno de mi nueva imagen. Me curé los pies e investigué un poco sobre mi extraño síndrome. Me enteré de que la alopecia súbita puede ser causada por productos químicos o radiaciones, pero también puede ser un trastorno espontáneo del organismo. No se conoce muy bien el mecanismo, pero al parecer el estrés es un desencadenante fundamental. Casos como el mío son raros, pero ocurren a causa de un trauma extraordinariamente fuerte. Por un lado, esto me proporcionaba una explicación, al menos parcial, a lo ocurrido, pero también abría la pregunta, aún más inquietante, de qué me había pasado durante ese periodo de tiempo en el que yo creía haber estado inconsciente. Empecé a desarrollar la idea de que tenía un espacio vacío en mi memoria, unas horas perdidas en las que había experimentado algo muy fuerte, tan fuerte que mi cerebro lo había borrado por completo. Descartando el viaje espacial —evidentemente— y los abusos sexuales, no tenía ninguna pista.

De todas formas, pronto tuve otras preocupaciones más inmediatas, porque durante las dos siguientes semanas sufrí una gastroenteritis aguda, una gripe de caballo y un trastorno endocrino no del todo aclarado. Mi cuerpo, que había gozado de una salud impecable durante toda la vida, se convirtió de pronto en un jardín donde virus y bacterias camparon a sus anchas durante un tiempo.

A medida que avanzaba el otoño, recuperaba la salud y me crecía el pelo hasta su aspecto normal, mi vida se fue normalizando poco a poco. La rutina universitaria me gustaba, y de mi incidente solo trascendió que había tenido una enfermedad y que se me

había caído el pelo. Me sumergí en la dinámica de clases, prácticas, exámenes parciales, sesiones de estudio, y eso absorbió todo mi tiempo y toda mi energía, dejándome solo pequeños ratos de intimidad para recordar a solas mi desconcertante peripecia.

Mientras tanto, intenté averiguar qué había sido del decano, y mis temores se fueron confirmando poco a poco. El eminente y demenciado catedrático había desaparecido, se había esfumado en el aire, sin avisar a nadie, ni siquiera a su familia. Sin duda, al comprender la magnitud del descrédito en el que había incurrido, había decidido exiliarse del mundo académico. Y del mundo, en general. Nunca volví a tener noticias de él.

Finalmente, unos meses después, me decidí a acudir a una psicóloga. Bajo el manto protector del secreto profesional, me atreví a contarle mi historia. Creo que no me dio demasiado crédito, que pensó que le contaba una especie de fantasía erótica y, en mi opinión, dedicó las primeras sesiones solo a discernir si le estaba mintiendo o no. Traté de practicarle un psicoanálisis, con sofá y todo, pero no funcionó, y a medida que pasaban las sesiones sin ningún progreso, me desesperé de impotencia. Por fin, decidí recurrir al método más radical para intentar desentrañar el hueco en mi memoria: la hipnosis regresiva. Conseguí que me recomendaran un especialista serio en la materia y me puse en sus manos con sumo interés. Funcionó parcialmente. Bajo estado de hipnosis le conté como un loro todo lo que acabo de relatar aquí —supongo que tampoco me creyó—, pero al llegar al momento del vórtice no pudimos extraer ningún recuerdo. Fue una completa frustración, y lo acabamos abandonando por imposible. Después de algún tiempo dejé de preguntarme por aquellas horas perdidas, y hoy en día he decidido que no merece la pena afanarse en desenterrar los recuerdos. Si algún día mi cerebro decide devolvérmelos, serán bienvenidos. En realidad, quizá no existen esos recuerdos. Quizá solo estuve inconsciente varias horas, y eso es todo. De donde no hay, no se puede sacar nada.

Por lo demás, a nadie se le ocurrió relacionar mi enfermedad con la desaparición del decano. El asunto de los voluntarios para el viaje espacial fue una broma recurrente durante meses, dentro y fuera de la universidad, y acabó por incorporarse al folclore pintoresco de la institución, una historieta que se contaba a los amigos cuando salías de copas. Respecto a la bella Ana, huelga decir que la busqué por todo el campus, sin éxito. No tengo ni idea de qué habrá sido de ella, pero sospecho que su destino ha estado ligado, para bien o para mal, con el del decano, y no cuento con volver a encontrarme a ninguno de los dos nunca más. Sin embargo, si alguna vez quieren ponerse en contacto conmigo, los recibiré sin rencor, me tomaré un café con ellos, les pediré que me expliquen cómo hicieron el truco de la *puerta espacial*, y les agradeceré con un poco de sarcasmo su bárbara lección de humildad. Les diré que toda aquella aventura, en cierto modo, me hizo un poco mejor persona, me bajó los humos, y dejé de considerarme el *espécimen humano perfecto*.

También les contaré que, poco después, me saqué el carnet de conducir y, para desconsuelo de mi ego, me costó nada menos que cinco intentos. Por primera vez en mi vida, fui más torpe en algo que la mayoría de mis coetáneos. Supongo que eso les arrancará una sonrisa comprensiva, como aquella que esbozó el decano al referirse a sus pollitos con el plumón recién crecido.

Y por fin, amable y paciente lector, pongo fin a mi relato. Ahí tienes la descripción desnuda y veraz de los hechos, para que saques tus propias conclusiones si te apetece elucubrar un poco. Solo añadiré, a modo de coletilla final, que, para estrenar mi carnet de conducir, cogí el coche de mi padre y visité la casita derruida en mitad del campo. No necesité romper el cerrojo; la puerta estaba abierta. Registré el lugar de cabo a rabo, a conciencia, como la policía científica, y no encontré nada más que ladrillos, polvo y un

par de nidos abandonados. Una de las cosas que no encontré allí fue, naturalmente, restos de mi pelo, y eso que los busqué incluso en el interior de los nidos, por si las golondrinas habían querido aprovecharlo como material de construcción.